

Desde 1981, Luis Ferrero no había escrito más que la presentación de *¿Por qué prehistoria si hay historia precolombina?* y el epílogo de *Sociedad y arte en la Costa Rica del siglo 19*, títulos recientemente publicados por la Editorial de la Universidad Estatal a Distancia. Su artículo *Mi heimat* es la respuesta a una entrevista que le hiciera un liceísta recientemente. En esta reflexión de tono íntimo, el lector descubre los valores que han impulsado al autor, a lo largo de su vida, a estudiar y conocer mejor nuestras propias raíces culturales.

Mi “heimat”

LUIS FERRERO

La “heimat” es la fuerza oculta que me motivó a investigar. ¿Y qué es la “heimat”? Es un concepto de la lengua alemana que se refiere a lo que uno está familiarizado de su mundo y que lo vincula con las demás personas. De ahí que todo país que enraiza su fortaleza en la “heimat” se autoconoce como dueño de una tradición cultural e histórica y es inconfundible.

Yo partí de la “heimat” que aprendí con mi padre y con mi madre, mi abuela materna y mis hermanos. La aprendí también con la gente de la calle, en el barrio: después, en la ciudad entera. Esto me permitió llegar a algo más elevado y al mismo tiempo más íntimo. Me dio el conocimiento y me afinó el sentimiento por lo cual he podido llegar a una aspiración moral e intelectual que desemboca armónicamente en el afecto y en el carácter.

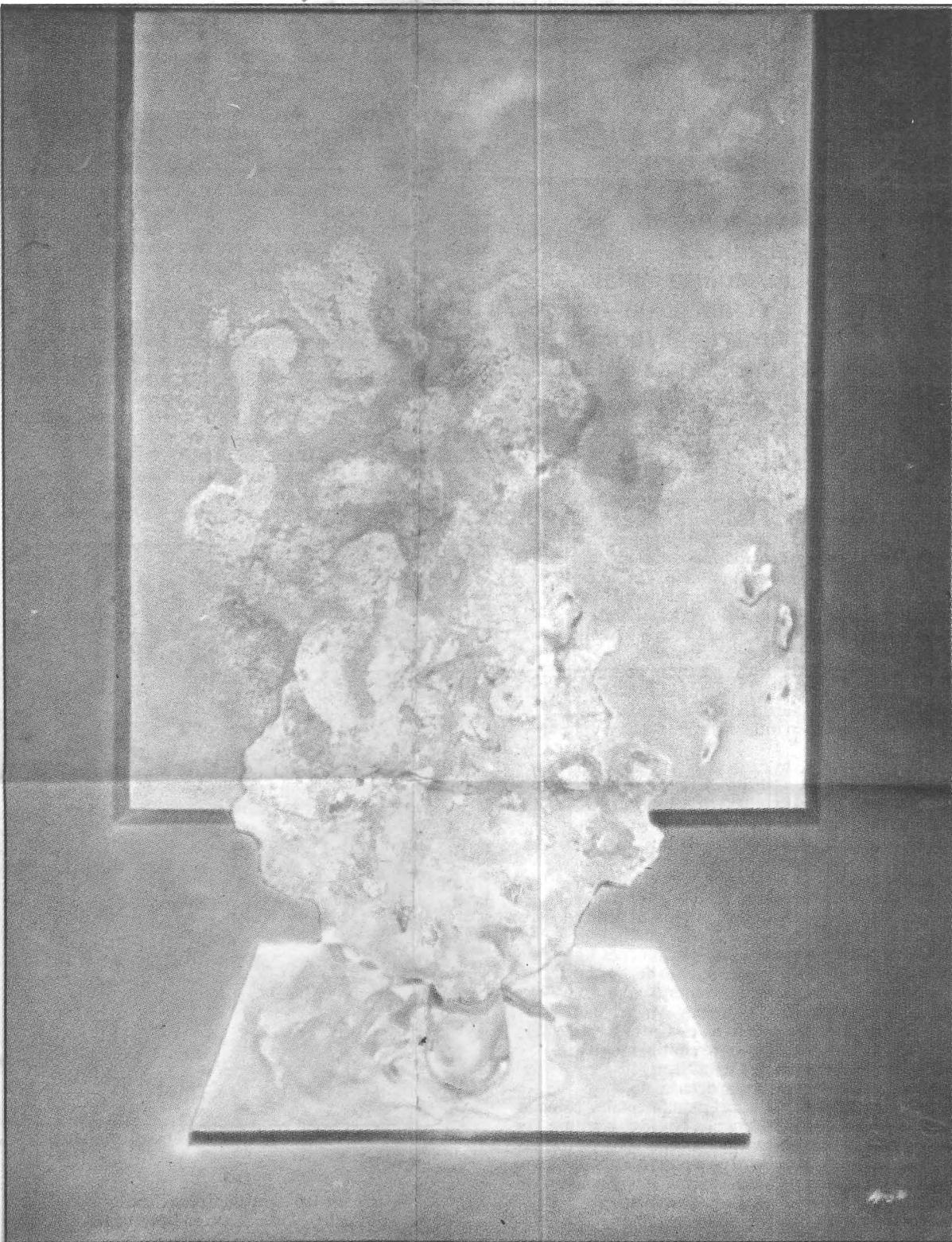
Para posesionarme de mi “heimat” también tuve grandes maestros. Ellos me enseñaron que la fuerza moral de la razón y de la verdad, de la bondad y de la belleza, pueden humanizar los pueblos en sus instituciones externas. Que así, hay posibilidades internas relacionadas con las instituciones. Por eso mansamente vienen a mi memoria aquellos grandes maestros de mi adolescencia y juventud que me fijaron derrotero. Recuerdo con gratitud los escritos de Wilhelm von Humboldt que me enseñaron a pensar claro. Paradójicamente, rumiando ideas de Humboldt llegué a ser un costarricense en cuerpo y alma. Por consiguiente, llegué a la decisión de fomentar el progreso espiritual de mi patria. Pienso en García Monge. Pienso en Ricardo Fernández Guardia. Pienso en Claudia Brenes Montero, mi maestra de primeras letras. Y pienso con gratitud en muchísimas personas innominadas que diariamente me enseñaron y todavía me enseñan los conceptos que me permiten entender la vida.

Si recuerdo la intraducible palabra “heimat” se debe a su vínculo con el concepto tradición. La tradición es obra de muchedumbres. Se forma con el correr de los años. La tradición hace que los pueblos precisen una orientación, sea por la fe, la espada, la ciencia o la idea. Y desde que obtuvo su independencia política en 1821, Costa Rica acogió la idea de proyección social civilista. Desde entonces, el costarricense ha ido marcando una visión filosófica hacia la justicia social, es decir, ha ido centrando sus esfuerzos en la superación del hombre como eje de la libertad, de la justicia civil y social, la belleza, el bien. No siguió el ejemplo que desde 1821 marcaron Guatemala, Honduras, El

Salvador y Nicaragua de apoyar todo su desarrollo en sistemas tiránicos apoyados por las armas. Esto nos hizo a los “ticos” diferentes. Es cuestión de espíritu. De ahí que, creyendo yo que tradición equivale a entrega, me propuse a hacer pasar el fruto de mis investigaciones a los otros, como concepto hermano de transmitir, trasladar y traspasar. Y accionado por el concepto “heimat” escogí el libro como el vínculo más apropiado. Y porque las cosas de mi terruño, de mi “heimat” me daban fe, esperanza y amor a lo propio, se me despertó el anhelo de exaltar lo que firmemente creí digno de honrar. Por eso buscaba las raíces profundas de la patria.

Y ese reconquistar el pasado se liga también con el recuerdo de que en 1954, estando yo en México, allá me dijo Octavio Paz que la búsqueda de un futuro siempre termina con la reconquista de un pasado. Ahora puedo asegurar que es cierto. Intuitivamente en mi primer libro publicado en 1947 y titulado *Mujeres de la historia de Costa Rica* empecé a reconquistar el pasado en busca del futuro.

(Pasa a pág. 4)



Florero, óleo sobre tela de Otto Apuy. I Bienal Internacional de Pintura de Cuenca, Ecuador.

Mi “heimat”

(Viene de pág. 1)

Y todos mis 56 libros así lo atestiguan. Sobre todo en los últimos como **Perfiles al aire** y **Sociedad y arte en la Costa Rica del siglo 19**. Es decir, siempre he vivido buscando mi futuro y reconquistando mi pasado. Buscador perenne de la raíz de la nacionalidad costarricense que nos ayude a proyectarnos hacia el futuro, eso he sido siempre.

Otra fuerza inspiradora para robustecer la “heimat” fue mi madre, doña Bacha. Ella me enseñó a no preocuparme porque con cada nuevo libro que publicaba obtuviese demasiado para morir y casi nada para vivir. Ella me decía que hay que contribuir con algo a enriquecer la “heimat”, sin servirse de ella. Por tal razón, a mi madre no le importaban el sacrificio ni las penurias, pues nunca conté con apoyo económico de ninguna índole. Para investigar, ilustrar y publicar, tuve que privarla y privarme de muchísimas cosas. Ella siempre me inquietó en que ahondase en el cómo, el cuándo, el dónde, el porqué somos, el adónde vamos. Es decir, me incitó a buscar la raíz profunda de la patria o de la “heimat”. Y siempre me encauzó hacia los problemas del hombre con el deseo de que mis escritos provocasen en los individuos la esperanza o la fe o la rebeldía para abordar el problema esencial del conocimiento: la finalidad y los móviles humanos.

Por tanto, debo a mi madre la cabal comprensión de lo que es la “heimat” que para mí ha sido “patria”, “origen”, “alma”, “amor”, “servir al prójimo”, “vinculación”, “familia”, “mi mundo en torno”, “la mesa donde el pan de los ángeles se come” —como llamaba Dante a la Ciencia. “Heimat” ha sido para mí la emoción que se liga con las estructuras y las ideas que nos rodean. Ha sido los valores vivenciales. Ha sido los valores emocionales. ¿Y, porqué no, las experiencias racionales que se adhieren al espacio? Mi

espacio, mi “heimat” es Costa Rica. Por lo tanto, en toda mi obra, primordial atención presto a mi espacio geográfico e histórico. Por eso, toda mi obra gira en torno a Costa Rica. A su historia, a su arte, a su literatura, a su historia precolombina, a sus costumbres, a su acendrado espíritu civilista. En fin, Costa Rica creadora.

Y para exaltar mi “heimat” durante cuarenta años busqué cooperación fraterna. Pero en muy pocos hallé la real cooperación. Por eso muy poco pude hacer. ¡Cuántos proyectos de investigación quedaron en el camino...! Sin embargo, lejos de amilanarme, la casi total falta de apoyo me sirvió para medir, fortalecer y templar mi amor a la “heimat”, pues nada que valga la pena es fácil en esta vida.

En todo caso, en 56 libros queda lo que humanamente puede hacer por mi “heimat”, por nuestra “heimat”. Y lo hice con el deseo de contribuir en algo a una cultura propia y estimable como elemento de identidad nacional entre los que desarrollaban alguna actividad creadora. Buscaba crear fuerte vínculos espirituales entre todos los costarricenses cuando conocieran su pasado pues, de joven, don Joaquín García Monge me había enseñado que tenemos una tradición respetable, un ejemplo y una guía que seguir.

Y lo hice porque tuve franqueza y disciplina para seguir, y porque en mí permanecían la fe, la esperanza y el amor al terruño. Y todo, como tributo a nuestra “heimat”, como altar y no para servirme de ella.

—O—

Joven liceísta, la “heimat” bien entendida genera admiración creadora. Yo lo puedo atestiguar. Robustece en quien admira lo dinámico, lo poderoso, la confianza en sí, la capacidad de continuar, de crear, de exaltarse hasta lo heroico.



Serie Palacios del tiempo y la eternidad, óleo sobre tela de Alberto Ycaza. I Bienal de Cuenca, Ecuador.